

DOS POEMAS SOBRE EL AMANECER

I

*AL desnudarte he visto que advenía
ciega lid a tus pechos: por la oscura
llamarada del pubis, una pura,
arcángel voz de atolondrarse el día.
Diezmo, turbado, el aire, si le abría
su afán tu abrazo tibio, si atril fuera
tu cuello, donde alzar, tal primavera
gestas de aroma y luz, cobijo al cielo.
Sitio, umbría de mármoles sin yelo
la paloma del vientre y alta espera,
eclipse añil, cosecha. Segadora
guadaña yo y claror, sed infinita.
Ya estaba en ti nuestra esperanza escrita:*

he visto, al desnudarte, el mundo aurora.

II

*BAJO tu piel la noche es una herida,
Ascuas de hiedras de alba. Alminar. Aldea
cuyo solo habitante es la marea
candente de mi piel, bruma la vida.
Febril lamento el batallar. Anida,
cercano, un día, entre ardorosa nieve.
Buscándolo, morimos. Pronto llueve.
Y amanece. Y es paz cuanto porfía,
luto, muerte, fervor, brasa, agonía
diera al abrazo, en su tormento breve.
Espuma antes, vaivén; ahora, tendido,
único y cumbre nuestro cuerpo, sueño.
Arenas en pleamar. Roto su empeño.*

Tras tanto afán la noche es un olvido.

MANUEL NARANJO

FRANCESCO CLEMENTE

*Nómada airado,
Reducido su volumen,
La máquina de tragar ideas tiene pequeñas las razones.
A falta de espacio suficiente,
Hoy ha peligrado el triunfo puntual de su programa.*

*Registro mi poema con h de industria,
Con o de en cierto modo,
O reparo,
Con xy horizontal de incógnita y misterio.*

*Cumplido el aprendizaje,
Es hora de destilar al ángel IBM de la espalda.
No todos los días puede uno aplaudir a tiempo,
Liberado,
La toma de tierra de su antigua vocación sin artificios;
Aclamarla, en adelante ya, por peso propio.*

ALFONSO PASCAL ROS



CUATRO POEMAS

MADRES

*Y en este estar,
en este ser quietud
y mirada de pez adormecido.
Veo las mariposas revoloteando
como niños alocados.
Y la sangre
vuelve por los caminos de los tiempos.
Soy un jilguero blanco,
un trozo de mar nuevo, amado,
y todos mis espacios
rodeados de viñas y de madres:
Madre María Cristina, la de los ojos claros
la frente clara,
Y la sangre de parto,
Madre María,
la de noches en vela
en cascada de caricias y besos.
Madre Elisa,
la del perfume en viento,
y la canción, y el vuelo
sagrado de sus sueños.
Y madre Angeles... ¡Santa!... ¡Santa!...
Como las dos campanas de la torre.
Ahora,
en esta hora de rosas y eucaliptos
yo clavo vuestros rostros
en las cúpulas.
Yo beso vuestros nombres:
¡Madres!*

Llegó con la aridez de la vida;
 fango de pétalos y rocío:
 y las manos
 fueron de pan o de ceniza.
 Tan sólo el viento,
 el viento leve de la rama
 se cuajó de corazones perfumados.
 Estoy desnudo,
 pobre y nuevo como la rosa,
 miro el amor llenando los caminos,
 los bosques sagrados.
 He llegado hasta aquí
 como una hoja sobre la espuma.
 Esta tarde de llamas
 la sembraré de besos y palabras.



Todo vendrá, todo.
 Será trueno de astro, alborotado río,
 cumbres encinta, rayos en fragancia.
 Todo tendrá
 la espuma de la mano.
 Porque el mar no detiene sus caballos,
 ni los troncos,
 donde brotan las rosas de la noche,
 se dormirán.
 Las nubes parirán
 arcos iris y truenos,
 y ocasos, y alboradas.
 Germinarán las bestias y las dalias.
 Núbil la gaviota
 medirá la distancia de los astros.
 Todo será
 tiempo y eternidad,
 viento y ribazo.

Porque todo apacienta
 gemido y voz de carne y vena rota,
 silabeos de niños azulados.
 Y tiemblan aguas,
 y gargantas llenas
 de todas las tormentas y los lodos.
 Hoy he sentido que llegó la ira
 y me clavó su espada, el canto negro
 de los cisnes malditos.
 Ante vosotras, rosas, labios prietos
 de colores y amor, yo me arrodillo
 para llorar por todos los pobres asesinos;
 para llorar por todos
 los que han sido tronchados de sus días.
 ¡Qué sabor de alacranes tiene el viento!
 A veces, hoy, huele a podrido el mar,
 el hombre, el cosmos.

MANUEL FERNANDEZ MOTA

(de LUNAS DE GUADALMESI)

No sabía que deseo
 se escribe con los dedos mágicos que reverberan
 en lo profundo de las sábanas
 y que juegan a media luz con
 la complicidad del estremecimiento.

Que se cimbre la cúpula de tus valores
 cuando ya están hinchidos los navíos
 tremendos y carnosos que vagan
 por grutas sin nombre de dulce pliegue
 y húmedo embozo.

Que lo fugaz no siempre se alía
 a la bajeza de un servicio
 previo pago y sin recargo
 por daños y perjuicios. Prejuicios
 de pléyade enamoradiza que aún se bate
 poniendo a la luna por testigo,
 a la nostalgia por notario.

De tu inexorable sed he aprendido
 que debo llenar a tiempo de agua mis aljibes:
 de tus decepciones, que no sienta bien
 trascender el loco impulso de besar,
 que el para siempre no existe pero el ahora
 puede sublimarnos.

Torre almenada he sido. Troneras y estandartes
 sin cañones ni colores, inexpugnable sólo a medias,
 vencida en su vana ostentación por
 la yedra que la oprime voluptuosa
 con sus miles de brazos nervudos, por
 el beso del musgo crecido entre las grietas,
 desnudamente sorprendida.

Quiero que te quedes pero ya se hace tarde
 para que recuerdes que te quiero.

SORAYA PEREÑA